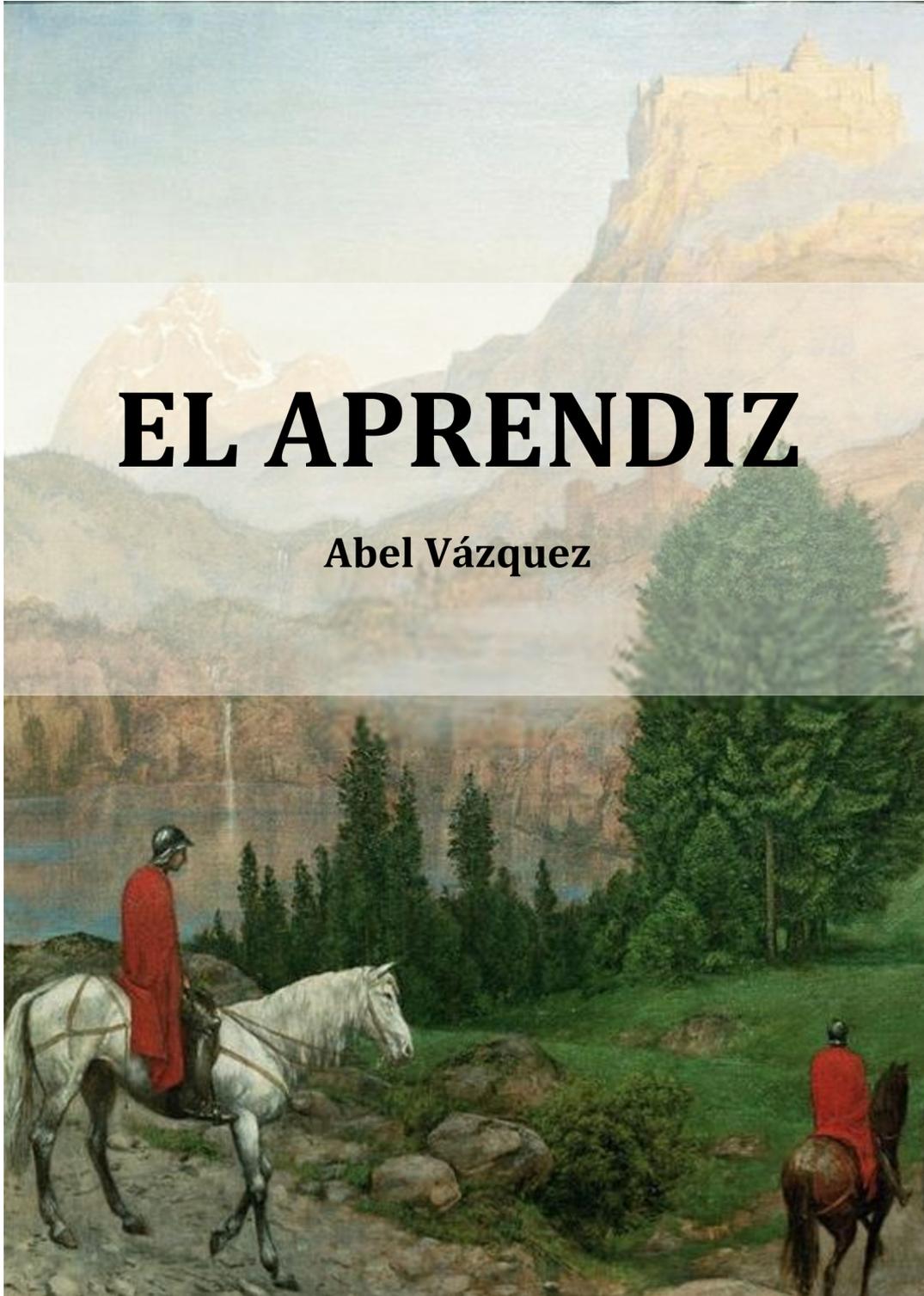


El aprendiz

Abel Vázquez



Capítulo 1

Tímido y crepitante, aterido y sin esperanza
el joven aprendiz ronda la casa de la Amada.
Bordea los tilos, remonta los arroyos
despacio, despacio
no quiere ser notado.

Sobre las copas de los árboles,
se alzan las torres de un castillo.
Las torres blancas del castillo del rey,
Encaramadas allí en lo alto,
Allí a lo lejos, brumosas
como vanas promesas de gloria.

Las sombras de los árboles motean su rostro
Inmóvil y estremecido, como un suspiro a medio hacer.
Se tropieza y reprime un grito.
Se mordisquea los labios, aprieta los puños.
Y sin embargo va avanzando, paso a paso.

Él era un ogro que se escondía bajo los puentes. Un caminante del desierto.

«¡Las hienas son mis amigas! ¡Los escorpiones, mis aliados!»,

clamaba en su corazón endurecido.

¡Ásperos y silenciosos eran los arañazos de su soledad!

Sólo oía el viento del desierto, cargado de estériles ardores,
que sacudía sus desgastadas ropas de viajero.

Y ante él la inmensa vastedad de las dunas,

la indiferencia majestuosa del firmamento sobre su cabeza.

No sabía caminar entre los hombres. Todo su cuerpo abultaba entre ellos.

Él, que tenía la piel cubierta de arañazos, polvo y mugre;

Él, que tenía el cabello largo y crespo y unos ojos deslumbrados por la luz del desierto,

unos ojos resecos de eremita desquiciado,

de esos que mastican grillos compulsivamente

y se cortan con las páginas del libro sagrado.

No quería asustarla. Y él tampoco quería asustarse. Por eso avanzaba despacio.

Despacio, despacio...

No puede imaginarse que la Amada lo mira a los ojos.

No puede imaginarse que sonrío al verlo,

que sonrío con ternura.

A veces la espía cuando sale al bosque.

Suele recoger zarzamoras o refrescarse los pies en el riachuelo.

Observa sus gestos, sus suspiros de cansancio.
El ademán de apartarse el cabello de la cara.
La bella expresión de quietud,
quizás de aburrimiento,
que aparece en su rostro cuando se sienta en medio del prado.
El aprendiz siente que todo eso significa algo,
algo que él no comprende.
Y simula en su cabeza que intercambian pareados,
que pasean por los jardines,
que ella toma su mano cuando bajan la escalinata.
E imagina que la Amada lo conduce hasta un recodo en el río
y que en la hora del crepúsculo ella se yergue ante él
con la dignidad de Artemis en una noche de caza.

Pero eso no son más que naderías,
y el aprendiz lo sabe.
Son como destellos fugaces,
ecos que vienen de lejos,
episodios de un mundo mitológico e improbable
habitado por la Amada y otras sombras pálidas.
Ella pasa junto a él en la avenida de los cedros,
y su figura es como la de una princesa
bordada en un tapiz de antaño.

Algo fuera de su alcance.

Y es que, en realidad, el castillo del rey es un cuadro al final del pasillo.

La Amada es sólo una foto de perfil. El bosque es Tinder.

Y los áridos vientos del desierto

no son más que secretos resquemores

y torpes vergüenzas.

Pareceré ridículo y pedante...

Siempre busco, y nadie me encuentra...

Con qué rapidez se cansan de mí

Al ver lo poco interesante que soy...

Nunca seré capaz de atraer a nadie...

Un pozo de cobardía y autocompasión...

Y quién sabe,

piensa el aprendiz mientras ya divisa el humo de la chimenea

elevándose sobre los árboles.

Quizás llegará a la casa de la Amada,

y a la sazón la encontrará vacía.

Foto de portada: "El Castillo del Grial", Hans Thoma (1899)